

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

FALLECIMIENTO DEL ESCRIBANO RAÚL MIGUEL ESTEVES

EL 11 de julio de 1986 falleció en esta capital el escribano Raúl Miguel Esteves, tras soportar las alternativas de una dolencia que lo mantuvo alejado temporariamente de sus actividades.

Figura vastamente conocida y apreciada en los medios profesionales, deportivos y sociales, su deceso provocó sorpresa y pesar.

Nacido en esta ciudad el 3 de julio de 1915, obtuvo su título de escribano en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 1940 y se inició como fedatario en calidad de adscripto al registro N° 156.

Se incorporó posteriormente al Poder Judicial, actuando en 1944 como secretario del Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil N°9 y, a partir de 1947, como secretario de la Fiscalía de la Cámara del Crimen de la Capital Federal.

En 1955 fue designado adscripto al Registro Notarial N° 32, a cargo del escribano Ricardo Wright, a quien sucedió como titular con motivo de su fallecimiento, acaecido en 1974.

Tuvo meritoria actuación en el plano institucional, al ocupar en el seno del Consejo Directivo los cargos de vocal suplente, en 1966/1967, siendo reelecto por un nuevo período en 1968/1969, y vocal titular por un año a partir de esta última fecha.

Asimismo, integró coetáneamente la Comisión Especial de Reforma de la Ley 12990 y, en sucesivos períodos, el Consejo de Administración del Registro de Actos de Última Voluntad, donde puso en práctica criterios positivos con miras a su perfeccionamiento.

Su vocación notarial, puesta siempre al servicio de la institución, tuvo

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

oportunidad de manifestarse nuevamente al ser postulado años más tarde su nombre para el cargo de vicepresidente, en el que resultó electo para el periodo 1973/1975, y posteriormente para ese mismo cargo en 1976/1977; 1981/ 1983 y 1984/1985.

No menos importante fue su empeño en participar en reuniones y jornadas realizadas en el orden local, tanto en las sucesivas convenciones notariales de la demarcación, como en las organizadas por entidades hermanas, o de carácter general, como las jornadas notariales argentinas. También formó parte de delegaciones a congresos internacionales celebrados en Montevideo, Río de Janeiro y Barcelona; y en algunas ocasiones, no obstante su renuencia a figurar en público, debió aceptar la representación de su Colegio, juntamente con otros colegas, para sostener posiciones en defensa de convicciones firmes y arraigadas.

Con la muerte del escribano Esteves la institución pierde a una figura cuyas características más sobresalientes fueron su discreción y su caballerosidad, en una trayectoria cumplida sin estridencias, en permanente actitud de servicio.

Al tomar conocimiento de su deceso el Consejo Directivo rindió homenaje a su memoria, remitió ofrenda floral a su velatorio, exteriorizó su pésame a la familia y encomendó a su vicepresidente, escribano José Guglietti, hacer uso de la palabra en el sepelio.

Habló también el escribano Alejandro C. Fernández Sáenz, en representación de quienes habían sido sus compañeros en el Consejo Directivo de la institución.

PALABRAS DEL ESCRIBANO JOSÉ GUGLIETTI

En nombre del Consejo Directivo del Colegio de Escribanos de la Capital Federal y del Consejo Federal del Notariado Argentino, vengo a cumplir con el penoso deber de despedir los restos mortales de quien fue una personalidad relevante y respetada dentro del notariado de nuestro medio y del de toda la república, el escribano Raúl Miguel Esteves.

Había nacido en Buenos Aires, el 3 de julio de 1915, y a lo largo de una existencia activa profesional e institucional, mantuvo la plenitud de sus dotes intelectuales y de su vocación de servicio, no sólo como escribano, sino también en el ámbito propio de entidades de prestigio, dedicadas al cuidado y mejoramiento de la juventud, y en la atención de los intereses confiados a su experiencia y a su hombría de bien.

Obtuvo su título de escribano en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 1940, y cumplió sus primeros pasos como fedatario en la condición de adscripto al registro notarial n° 156.

Posteriormente realizó una valiosa experiencia en la judicatura, actuando en 1944 como secretario del Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil n° 9, y a partir de 1947, como secretario de la Fiscalía de la Cámara del Crimen de la Capital Federal.

Su atento aprendizaje y su agudo sentido de observación le permitieron acumular una valiosa experiencia que luego volcó en las funciones directivas en las que le tocó actuar, aplicando para ello el criterio y la ponderación de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

juicio que lo caracterizaron desde su temprana iniciación profesional.

En 1955 fue designado adscripto al registro notarial n° 32, a cargo del escribano Ricardo Wright, a quien sucedió como titular a raíz de su fallecimiento, ocurrido en 1974.

A lo largo de las tres décadas transcurridas desde su desempeño en ese registro, se reafirmó su vocación notarial, en la que puso dedicación y responsabilidad proverbiales, cualidades que le fueron reconocidas dentro y fuera de la demarcación, tanto en el orden nacional como en el internacional. La muerte lo ha sorprendido en el ejercicio de sus funciones, víctima de una dolencia fatal.

En el seno del Consejo Directivo ocupó los cargos de vocal suplente, en 1966/1967, siendo reelecto por un nuevo período estatutario para 1968/1969, y vocal titular por un año a partir de esta última fecha.

En el ínterin, formó parte, al mismo tiempo, de la Comisión Especial de Reforma de la ley 12990 y, en sucesivos períodos, del Consejo de Administración del Registro de Actos de Última Voluntad, en cuyo perfeccionamiento puso empeño y criterios positivos tendientes a concretar los altos fines para los cuales fue creado.

Electo vicepresidente de la institución para el período 1973/1975, ocupó posteriormente ese mismo cargo en 1976/1977, 1981/1983 y 1984/1985.

Participó en reuniones, congresos y jornadas, llevadas a cabo en el orden local, tales las sucesivas convenciones notariales de la institución y en las convocadas por entidades hermanas, o de carácter general, como las jornadas notariales argentinas; integró delegaciones a congresos internacionales celebrados en Montevideo, Río de Janeiro y Barcelona; y en contra de su renuencia a figurar en público, debió aceptar la representación de su Colegio, en reuniones en que se deliberó sobre cuestiones de interés profesional, juntamente con otros colegas, para sustentar puntos de vista respecto de los cuales tenía convicciones firmes y arraigadas, fundadas en la larga experiencia del notariado como institución.

Mientras se mantuvo el sistema de que un colegio profesional tuviera la conducción ejecutiva del Consejo Federal del Notariado Argentino, contribuyó desde sus cargos en el Consejo Directivo a los emprendimientos comunes y, ya en el orden personal, ocupó por un período la vicepresidencia del mencionado organismo nacional.

Hombre de consejo, su palabra mesurada, su experiencia, sus conocimientos lo convirtieron en colega de consulta obligada en situaciones difíciles, o en las que la ambigüedad a veces inevitable de la ley requiere de una orientación ponderada para resolver dentro de principios de justicia y equidad. El escribano Esteves cumplió con creces durante sus mandatos como directivo tan delicada misión.

Tenía mucho todavía para dar al cuerpo profesional, a sus colegas, a sus amigos. Si algo puede definir la impronta de su personalidad, hay consenso de que ello eran el respeto de cuantos lo conocieron y la profunda estima de quienes tuvieron el privilegio de su trato.

Su desaparición deja un vacío sensible en el sentimiento de sus colegas y en las filas de la profesión. Queda el ejemplo de una figura singular, de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

características propias, que acertó a calar hondo en el espíritu de sus contemporáneos, haciéndolo sin estridencias, con una discreción que lo distinguió en los numerosos círculos en que le toco actuar y en los cuales le fue reconocida sin retaceos toda gravitación y preponderancia que pueden mostrarse como signos de su personalidad.

En nombre del notariado de la Capital Federal y en el del notariado de toda la república, no nos resta sino elevar a la Divina Providencia nuestra conmovida plegaria por el eterno descanso de su alma, lo que así hacemos: escribano Raúl Esteves, descansa en paz.

PALABRAS DEL ESCRIBANO ALEJANDRO C. FERNÁNDEZ SAENZ

Con inocultable dolor y profunda pena, asumo hoy la representación de los amigos y colegas que compartieron con el escribano Raúl Esteves, su labor profesional e institucional, para dar el último adiós a los restos mortales de quien fue en vida un ejemplo para cuantos tuvimos el privilegio de su amistad en muchos de los numerosos ámbitos en que se destacó con significación propia una relevante personalidad.

Desde su juventud exteriorizó cualidades de hombría de bien que le valieron el reconocimiento de los jóvenes que en sucesivas generaciones han integrado las filas del Club Universitario de Buenos Aires. Y cuando las responsabilidades de la vida fueron llevando a afrontar deberes y obligaciones propias de quien iniciaba una actividad profesional, formaba un hogar, y asumía nuevas y delicadas tareas, parecieron acentuarse las características mejores de su temperamento y de su carácter. Dentro de la suavidad de sus maneras, de la cordialidad de su trato, de la discreción de su palabra, y de la invariable caballerosidad de todas sus actitudes, se reconocía prontamente la existencia de un temperamento vigoroso, de una inteligencia bien dotada, de una reflexión que lo llevaba a acertar con las mejores soluciones para el momento adecuado.

Ello se vio confirmado no sólo por la simpatía y el afecto, sino, y sobre todo, por el reconocimiento de esas virtudes que aprendimos a valorar a través de los años, en el empeño de la labor común, en la fortaleza ante las vicisitudes de la función directiva, en la certidumbre de las afirmaciones sustanciales cuando fue necesario hacerlas, en el hondo respeto que suscitaba su persona, reflejo de ese otro respeto hacia el prójimo que le era connatural y propio.

Rehuyó en lo que pudo las vanidades mundanas y las disidencias ruidosas. Hombre, precisamente, de mundo, gravitó de un modo natural en los círculos y ambientes donde su aparición fue siempre bienvenida, pues si bien no buscó la exaltación de la propia personalidad, no es menos cierto que esta última se impuso con universal reconocimiento.

Su palabra fue rectora y oportuna. Por eso fue escuchado y valorado. Su amistad firme y permanente constituyó la clave del afecto que supo concitar sin excepciones. Su consejo y penetración natural, fue apreciado en circunstancias sobre todo difíciles, de ahí que naturalmente se convirtiera en hombre de consulta. No rehuyó responsabilidades, y ello le valió la estima de sus colegas y amigos. Su llaneza en el trato nunca desbordó los cauces

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

del respeto, y por eso su sola presencia imponía una nota propia en toda reunión.

Cuando las exigencias del cargo lo llevaron a aceptar la representación de sus colegas en encuentros, jornadas y congresos, procuró estimular la participación de sus acompañantes, sin perjuicio de afrontar su parte en la tarea común, pero con la mira puesta en el interés superior que debía lograrse. El Colegio de Escribanos, su Consejo Directivo, el ámbito de su escribanía y el cuidado de su familia, puede decirse que constituyeron el recinto donde nutrió sus raíces de profesional, de colega, de padre de familia y de esposo ejemplar, para todo lo cual contó con el apoyo de su esposa, compañera de todas sus inquietudes y permanente venero de muchas de sus virtudes.

Improbable ha sido la labor desarrollada por el notariado a lo largo del último medio siglo. La vertiginosa transformación técnica, poblacional, institucional, legislativa y en todos los demás órdenes de la vida, demandó un esfuerzo de adecuación que sin desarraigo del pasado pudiera encontrar las mejores soluciones para el presente, y previera las exigencias del futuro inmediato. El escribano Esteves parecía contar con un don natural para avizorar, en la maraña de intereses encontrados, de situaciones nuevas, de problemas en que jugaban no sólo la justicia sino incluso, la equidad, la solución más adecuada al momento, pero también la más ajustada a esos principios. De ahí el natural acatamiento que invariablemente suscitó su palabra en cuantos acudieron a escuchar previamente su parecer antes de adoptar resoluciones con incidencias no sólo próximas, sino también mediatas.

Es de la naturaleza de las cosas que la puja por imponer aquello que creemos mejor origine situaciones complejas en el orden de las relaciones puramente humanas. El escribano Esteves tuvo el raro privilegio de situarse sin esfuerzo y sin procurarlo siquiera, por encima de los desencuentros ocasionales; ganando con ello ante la opinión de sus colegas y el aprecio de sus amigos.

La dolencia que lo ha arrebatado del seno de los suyos lo llevó, en un gesto de cristiana resignación, a prepararse para el tránsito final, guardando la serenidad de espíritu que caracterizó su existencia terrena, y que ha de permitirle comparecer ante el Supremo Hacedor, con el ejemplo de una vida bien lograda, puesta al servicio del bien.

De ahí que podamos esperar con fe en la justicia de su postrimería, y afirmar, con íntima convicción ese nuestro deseo, que resumimos en un hondo sentir al decirle: escribano Raúl Esteves: descansa en paz.

**HOMENAJE AL ESCRIBANO ANTONIO J. LLACH EN EL DÉCIMO
ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO**

En sencilla ceremonia realizada en la sede de la calle Alsina, el 3 de setiembre de 1986 a las 19, fue recordado el décimo aniversario del fallecimiento del escribano Antonio J. Llach, ex presidente del Colegio.

En la oportunidad fue descubierta una placa evocativa, la que fue bendecida